

IDENTIDAD Y EDUCACIÓN

Renato Huarte Cuéllar*

RESUMEN

En el presente trabajo se buscará dar cuenta de una mínima definición de lo que se ha entendido como identidad desde una perspectiva filosófica para poder entender cómo al ser eminentemente social, necesariamente está vinculado a procesos educativos y de transmisión que dependerá de cada grupo en un contexto determinado. De esta manera se pueden ir trazando lazos entre la identidad y la educación en este complejo entramado que va de lo individual a lo colectivo y viceversa. Una vez hecho esto, se pasará a la segunda parte del trabajo en donde, al final, podamos utilizar esta categoría para entender de mejor forma el fenómeno educativo, ligado a un caso particular como puede ser el de los *tlatimines* o sabios nahuas en el México Tenochtitlan de antes de la Conquista y su proceso educativo en su presencia y su carencia en su ausencia para repensar la educación en el siglo XXI.

Palabras clave: Identidad. Educación. Tlatimine/tlatimine. Filosofía náhuatl. Filosofía de la educación.

ABSTRACT

IDENTITY AND EDUCATION

In this paper we try to explain how the concept of “identity” can be understood philosophically, in order to understand how the social being is necessarily bound up with educational and transmission processes which depend upon each group in specific contexts. In this sense, these implications could build a bridge towards the idea of understanding education through identity and the multiple contexts of the individual and the collective processes. After having done that, we explain a specific case in which education and identity are tightly bond. This is the case of the *tlatimines* (plural form of the náhuatl *tlatimine*) or náhuatl philosophers before the Spanish Conquista. This could shed light on the analysis of the relationship between education and identity in the 21st. Century.

Keywords: Identity. Education. Tlatimine/tlatimine. Náhuatl philosophy. Philosophy of education.

* Candidato a Doctor en Filosofía por la UNAM. Profesor definitivo del Seminario de Filosofía de la Educación – Facultad de Filosofía y Letras – Universidad Nacional Autónoma de México. Dirección institucional: Universidad Nacional Autónoma de México – Facultad de Filosofía y Letras. Colegio de Pedagogía. Circuito escolar s/n. Ciudad Universitaria. 04310, México, D.F. Endereço para correspondência: Caléndula 9, Xotepingo, Coyoacán. 04610, México, D.F. renatohuarte@yahoo.com / renato@unam.mx

I. Identidad

En este apartado abordaremos tres momentos en los que la identidad podrá ser abordada mínimamente para efectos de este trabajo. En un primer momento veremos cómo puede entenderse la identidad como una categoría filosófica. En un segundo apartado veremos brevemente cómo podemos entender la identidad como un proceso que no sólo es individual, sino que requiere de lo colectivo para poder fraguarse. En el tercer apartado veremos la relación que guarda lo identitario con lo educativo de manera general.

De la categoría de identidad

Tal vez una de las categorías a la cual más se ha abocado la filosofía es al tema de la identidad. A partir de esta larga trayectoria es que giran los conceptos en torno al yo que, paradójicamente, necesita de otro, de alguien más, para que le dé sentido. Por más que la identidad sea el terreno de lo más íntimo, somos nosotros en tanto existen los otros. Como dice Adolfo Sánchez Vázquez: “Durante veinticinco siglos la filosofía occidental no ha hecho más que dar vueltas en torno a la noria de la identidad.” (SÁNCHEZ VÁZQUEZ, 1994, p. 342). Es preciso aclarar que en este trabajo no se pretende realizar un recorrido por esta cuestión, sino partir de algunos puntos básicos para poder vincular la identidad con la educación.

La identidad nace como parte de las múltiples preocupaciones de la filosofía por lo menos desde Heráclito, que al parecer la niega, y Parménides, en el sentido de una aceptación del ser, ya que ambos se preguntan por lo uno y lo múltiple y cómo es que puede darse la mismidad en la multiplicidad (KIRK; RAVEN, 1981). Aunque con respuestas un tanto distintas, ambos filósofos responden a preguntas tan cotidianas en torno a la posibilidad de identificación con lo que hoy podría ser una fotografía de nosotros mismos cuando éramos niños. Hay una posibilidad de identificarse, de decir soy yo mismo, aunque en estricto sentido no seamos los mismos. Hay una continuidad en el cambio, una mismidad.

Dicha mismidad, de la que parte Aristóteles como principio de identidad ($A=A$), sirve para establecer

el principio de no contradicción en su *Metafísica* (Γ , 1005b 19-21). Para Aristóteles (1982), todos los entes, y no sólo los seres humanos, se conocen, se hacen uno con el conocimiento (*noein*) en el momento en que pueden encontrar la esencia de los entes en tanto que entes. En el caso de las cosas no humanas, tienden naturalmente hacia su propio bien. En el caso de los seres humanos, esto no siempre sucede así. El ser humano necesita de ayuda para encontrar su propia esencia. De ahí la necesidad de una ética y de un proceso de educación. En cualquier caso, al poder partir de que alguna cosa es eso mismo no otra, estaremos en posibilidad de hablar de ontología, de lo que las cosas son.

Para Hegel (apud SÁNCHEZ VÁZQUEZ, 1994), por su parte, esta definición de identidad ($A=A$) era fútil, trivial e inútil. Hegel sostiene que este principio es una mera tautología que no es de mayor utilidad para el sentido que quiere dar a la filosofía. La categoría se torna entonces social como un elemento filosófico, cosa que no podría haberse pensado en la Grecia Clásica, tal vez porque no existía el principio de individuación – socialización que cobrará sentido en la Modernidad. En cambio, Sánchez Vázquez propone las “señas de identidad” que dan sentido a la identidad, unas en mayor y otras en menor sentido. Es necesario admitir señas de identidad que no nos pertenecen, al igual que las que sí lo hacen, para construir la identidad. Es entonces que la identidad tiene que cargar necesariamente con la diferencia, con la alteridad, con el otro. Además, Sánchez Vázquez reitera que fue Marx, antes inclusive que Dilthey u Ortega y Gasset, quien reconoció que esta identidad es histórica y colectiva. Y no sólo la identidad es histórica sino que también lo es la conciencia de ella (SÁNCHEZ VÁZQUEZ, 1994). Entonces, la identidad necesariamente es colectiva. Pero, ¿acaso no parecería ser una cuestión individual? ¿Cómo puede llegar a funcionar esta categoría entre lo individual y lo colectivo? Veremos una forma de aproximarse a esto a continuación.

De lo individual a lo colectivo y de regreso

María Noel Lapoujade establece que la identidad del yo es el camino intermedio entre la identidad ori-

ginaria y las identidades múltiples (LAPOUJADE, 1994). La identidad originaria es lo que en la historia de la filosofía se ha tratado de encontrar como identidad primigenia, arquetípica e ideal. Las identidades múltiples son aquéllas que se dan en lo colectivo pero que no dan cuenta del yo separado del colectivo. Para poder hacer esta distinción, Lapoujade (1994) sostiene que la identidad trascendental puede entenderse kantianamente al decantar lo empírico de lo *a priori*. Esto quiere decir que de lo que sucede en la realidad, iluminamos solamente las operaciones, las actividades, las maneras universales y necesarias dentro de ese dinamismo. En este sentido, Fichte – según Lapoujade (1994) – expresa que el principio de todo conocimiento humano es la identidad del yo. Al delimitar al yo, existe automáticamente un no-yo que es diferente al yo que se pregunta y delimita. Esta posible paradoja se resuelve en Fichte de la siguiente manera: “La medicación es pensada por Fichte del lado de la recíproca *limitación*, en tanto ella implica afirmación y negación, más aún, *divisibilidad*. La noción de divisibilidad denota la oposición yo / no-yo, pero a la vez los concilia.” (LAPOUJADE, 1994, p. 407). La identidad entonces pasa a ser definitoria del ser y podemos hablar de su ontología; algo muy similar a lo que ya proponía Aristóteles en la *Metafísica* como veíamos líneas arriba.

En este sentido no existe identidad sin la otredad que, entre otras muchas metáforas, ha sido retomada por Umberto Eco, Jacques Lacan y Jean Baudrillard como el “espejo” (LAPOUJADE, 1994). Este espejo no es la concreción material finita para el reconocimiento del yo según Eco. El yo surge literalmente de un espejismo según Lacan; una idea proyectiva de un yo que necesita de otra imagen para afirmarse, para crearse. Baudrillard, por su parte, dirá que el movimiento inverso a la paulatina conquista de la identidad es la de la pérdida que se da en la enajenación de la sociedad contemporánea de la pantalla y la red en lugar de la escena y el espejo. La pantalla a manera de superficie de proyección de imágenes caracteriza al hombre contemporáneo enajenado. Ya no somos, haciendo una paráfrasis shakespeariana, meros actores en las escenas que hemos de interpretar en nuestras vidas cotidianas.

Con certeza muchos otros autores han hablado de la identidad desde las metáforas planteadas o

desde otros lugares, tiempos y espacios. Al parecer también la identidad aristotélica ya implicaba este juego “de espejos” en donde la identidad implica otro elemento que le da sentido en similitud y en diferencia. A pesar de las diferencias entre las distintas posibilidades de aproximación al problema de la identidad, parece haber una constante en el uso de metáforas que van de lo colectivo a lo individual.

Es de esta manera que lo que pensamos que lo más íntimo y cercano a nosotros mismos, eso que llamamos nuestra propia identidad resulta definida desde la otredad, desde un todos que en conjunto me representa y me dice en otra doble vía: “Yo no soy el otro sino algo distinto.” Ambas vías, la del yo y la de los otros, y la del nosotros y los otros, son algo movable y en constante cambio. Las identidades son mutables y en ellas se reconfiguran. Baudrillard, por ejemplo, por eso ya advertía del peligro de desdibujar los procesos identitarios con la globalización. Según su postura, el peligro de la reconfiguración identitaria no se daría de manera homogénea y neutral, sino desde los paradigmas que la sociedad del consumo pretendiera para las sociedades contemporáneas.

Es por esto que podemos sostener que en un ir y venir que las identidades se van fijando, cambiando, reconstruyéndose. Ahora corresponde analizar qué ocurre con el vínculo entre identidad y educación. La identidad es una categoría amplísima y difícil de asir, pero indiscutiblemente está ligada a lo social. Siendo la categoría de identidad una idea filosófica, al tratar de vincular ambas ideas, estaremos tratando de realizar una aproximación filosófica al fenómeno educativo.

La identidad en los procesos educativos

La identidad como categoría o pregunta filosófica pretende abarcar a todos los entes en tanto tales. En el caso del ser humano, los procesos identitarios a partir de la cotidianidad nos remiten a escenarios distintos dependiendo de las relaciones que se den en dichos espacios. Estas relaciones dependen de la interacción con otros sujetos, idearios, imaginarios, entre otros. Alfred Schütz, discípulo de Husserl, da una explicación interesante al respecto desde la introducción que hace a la fenomenología de la de teoría sociológica contemporánea (SCHÜTZ,

1974). Somos los mismos y sin embargo diferentes en los distintos espacios en los que se desempeña una persona. Un padre de familia lo es tal en tanto tiene un hijo. Esa función social no es la misma que la del esposo. Aunque el espacio sea la familia, dentro de ésta, existen espacios distintos pero sobre todo, relaciones distintas. En el trabajo esta misma persona tendrá un jefe y tal vez subordinados, suponiendo cierto tipo de trabajos. Pero en ese espacio no será tan importante el padre y el esposo sino más bien qué tipo de relaciones sociales lleve en la oficina. En cada uno de los espacios y dentro de las funciones sociales que desempeñe, la identidad específica será una distinta pero a la vez, parte de la identidad unitaria del individuo. Es decir, no existe una fragmentación esquizofrénica en las personas, sino que las relaciones humanas que se van dando en los distintos lugares en los que nos desenvolvemos nos van forjando y son relevantes en ese momento dado. Todas estas relaciones son parte de la socialización y se aprenden también socialmente, inclusive sin necesidad de un espacio educativo pensado *ex professo*. Es el mismo individuo con el mismo nombre y apellido para todos los casos.

Si entendemos lo educativo mucho más allá de lo escolar y que una de sus funciones más importantes es la de la socialización, podemos entender a la vez esto que Aristóteles llamará la actualización de las potencialidades, que algo que se tenía en ciernes se lleve al aquí y al ahora. Esta es una forma tradicional de entender a la educación como un proceso en donde se desarrollen (actualicen, en términos aristotélicos) las potencialidades humanas.

Cada sociedad y grupo específico, pro más pequeño que sea, encontrará en estos procesos diversas formas de definir lo propio de lo que no lo es. Si entendemos que los marcos identitarios se supraponen, a la manera schütziana, y se tienen identidades laborales, otras familiares otras nacionales, etc., entonces quedará claro que existirán procesos identitarios que definirán a un individuo o colectivo como parte de un conjunto más amplio de individuos dependiendo de los espacios y las relaciones que entre ellos se dé.

Todos estos procesos se dan en marcos de transmisión con mayor o menor intencionalidad, siempre socialmente. Sea la escuela, la familia,

los medios masivos de comunicación o los amigos, en todos ellos hay relaciones que determinan la aceptación o rechazo en un grupo a partir de las relaciones que ahí se den. Estas relaciones son tramas sociales que se van dando y reconstruyendo con el tiempo. Cada marco social determinará lo que considera aceptable y lo que no, en esta multiplicidad de tramas de identidad. Además, estas tramas son históricas y parten de lo individual a lo social, de ida y vuelta.

La categoría de identidad, si bien compleja y con un larga trayectoria, es asible y da oportunidad de trabajar fenómenos educativos no menos complejos y añejos. Existe la invitación a adentrarse en ellos y desde ahí enriquecer la práctica a la que nos dedicamos, en especial desde nuestra identidad como agentes interesados en los fenómenos educativos.

Pero, ¿qué es lo que podemos llamar propiamente identitario en los procesos educativos? Retomando las metáforas analizadas en apartados anteriores, parecería que justamente la educación, en tanto formación humana en el sentido más amplio que se pueda dar de la palabra, busca ir encontrando eso que en cada momento se considera fundamental para el ideal de ser humano que se tenga. En el caso de las *poleis* griegas, por ejemplo, era claro que los ideales colectivos cambiarían entre Atenas y Esparta, por poner los casos paradigmáticos. A pesar de que en lo individual cada uno de los miembros de estas ciudades-Estado parecería fraguar su propia vida a partir de principios e ideales propios, no se distinguirían completamente del colectivo. Si bien la idea de pertenencia a estos espacios estaba dada más hacia el estudio de la dialéctica (lo que hoy entendemos por filosofía) incluida la discusión en torno a la guerra, sabemos que también había dialéctica, retórica y demás principios de la formación del griego de ese entonces.

Cada pueblo tendrá estos rasgos de identidad, de conservación y de ruptura de modelos que conforman lo educativo y que también tienen que servir de base para cuestionarlos. De esta manera, pasaremos a la segunda parte de este trabajo en donde se verá cómo podemos aproximarnos en pleno siglo XXI a los *tlamatimine* o sabios nahuas que vivieron en la ciudad de México-Tenochtitlan hasta el siglo XVI.

II. La identidad revisitada: el caso de los *tlamatimine* nahuas

De ser cierto lo que hasta este momento se ha planteado, se podría haber tomado para este ejemplo prácticamente cualquier ejemplo en cualquier cultura, en cualquier momento y lugar. No obstante, el caso de los *tlamatimine* resulta de particular interés por la cercanía y a la vez lejanía que implican estos personajes.

Vincular identidad y educación nos remite a pensarlos desde múltiples perspectivas. Sin embargo, siendo la identidad un tema de tan antiguo raigambre dentro de la filosofía y la educación un tema amplio debatido, en esta ocasión considero ineludible hacer una breve reflexión desde la filosofía de la educación desde por lo menos dos perspectivas. La primera es, sin lugar a dudas, necesaria para entender a estos personajes: su contextualización y explicación, aunque sea de manera muy somera. En segundo lugar, buscaremos dar cuenta por qué justamente esta aproximación sigue siendo válida aún para nuestros días.

Los *tlamatimine*: Los sabios o filósofos

Miguel León-Portilla, tal vez uno de los primeros en estudiarlos en el siglo XX, nos narra que en las propias fuentes nahuas aparece la figura del *tlamatini*, sabio o filósofo (y si se me permite: pedagogo-psicólogo-maestro) náhuatl (LEÓN-PORTILLA, 2001). Los *tlamatimine* (en plural) no son lo que hoy podríamos considerar alguien con un gran conocimiento “enciclopédico” o alguien que se dedica exclusivamente a teorizar pero se encuentra desvinculado del mundo cotidiano, que “vive a un metro sobre el nivel del suelo” como se dice cotidianamente.

De lo que los informantes narraron al cura Bernardino de Sahagún, todavía hoy tenemos varias definiciones de lo que es un *tlamatini*. De entre esas definiciones hay dos que co-inciden en un factor muy interesante. “Hace sabios los rostros ajenos, hace a los otros tomar una cara (una personalidad), los hace desarrollarla” (LEÓN PORTILLA, 2001, p. 65). Parece ser que este hecho de dar rostro es dar una personalidad. Para la filosofía náhuatl el objetivo y fin último de lo humano era la capacidad

de tener un rostro (propio) y un corazón, como se verá más adelante. Los personajes que se encargaban de esta labor eran los *tlamatimine*.

También nos dice Miguel León Portilla que este sabio: “Pone un espejo delante de los otros, los hace cuerdos, cuidadosos; hace que en ellos aparezca una cara (una personalidad)” (LEÓN PORTILLA, 2001, p. 65). Resulta por demás interesante que la metáfora que utiliza para la descripción de estos sabios o filósofos sea justamente la del espejo. Parecería que el rostro puede desarrollarse únicamente a partir del reflejo en el otro. Lo característico de esta descripción sería que el espejo está horadado, que tiene orificios. Veamos esto con mayor detenimiento.

En ambas citas podemos ver que se está hablando de hacer en los otros una cara, crearla y hacerla sabia. Si, como indica León Portilla en la traducción, entendemos que los nahuas entendían por cara o rostro – el prefijo *ix*, como en *ixtli* (LEÓN PORTILLA, 2001) – la conformación de una personalidad; entonces podemos entender que nuestra cara es una forma de identidad. ¿De qué manera nuestro rostro, *ixtli*, debe ser conformado como identidad? ¿Cómo generar en los otros esta capacidad de poseer una cara y convertirse en personas? Para poder contestar tal vez convenga recordar que en náhuatl educación se dice justamente *ixcuitia nite*, que incluye la raíz *ixtli*, rostro.

El *tlamatini* también es descrito como un “espejo horadado”, aquel que permita que el rostro del otro pueda adquirir una apariencia a través del rostro propio, de nuestro rostro; pero horadado, “agujereado por ambos lados” (LEÓN PORTILLA, 2001, p. 67), perforado, porque a través de este rostro, nuestra propia cara puede verse en los otros, en el mundo (LEÓN PORTILLA, 2001). Es una doble vía que permite que los otros se reconozcan en uno y uno se reconozca en los otros. Re-conocerse es conocerse de vuelta. Conocer de vuelta es identificar rasgos que había olvidado que eran míos. También implica que los otros identifiquen rasgos en mí.

En esta doble vía en que podemos identificar rasgos de los rostros, de las personalidades humanas, está guardado lo que en español llamamos identidad. Podemos entender la identidad como el concepto de que entre dos cosas no hay rasgo

alguno que lo distinga, haciéndolo idéntico, pero más bien es identificar rasgos comunes entre una y otra cosa.

Recordemos, como tal vez hacía el Sócrates platónico en los diálogos, que la función del filósofo era la de educar en este sentido de *paideia* para la cual no bastaba un espacio delimitado para la función educativa, sino el mercado, el taller del herrero o cualquier otro lugar era el adecuado para entrar en contacto con la filosofía. Parecería ser que algo similar tendríamos en el papel de los *tlamatimine* que entraban en contacto con la gente y al parecer deambulaban por los espacios públicos conversando con los ciudadanos de esta gran metrópoli México-Tenochtitlan.

Si se entiende al *tlamatini* como aquella persona que es capaz de guiar a los que guían y ser quien despierta, ilumina, abre los oídos, enseña la verdad sin olvidar amonestar de tanto en tanto (LEÓN PORTILLA, 2001); entonces la función que desempeñaba era una función compleja y de suma importancia para la sociedades nahuas de ese tiempo. Eran una fuerza vital que permitía a los nahuas conformarse en lo colectivo pero también en lo individual.

El ámbito del *tlamatini* no se reducía al Calmecac o al Telpochcalli. Era una asunción de vida y un trabajo constante. Así como no se concebían distintos el filósofo, el pedagogo, el psicólogo, el maestro sino como una unidad en cada uno de los *tlamatimine*, así tampoco su función social estaba reducida al ámbito escolar. Eran parte de una sociedad en donde lo más importante era que cada quien desarrollara un rostro propio en un juego de espejos en donde las identidades cambiaban según el orden de la flor de la palabra.

Entre las demás descripciones de estos sabios, se nos dicen que son como una tea caliente que se prende y apaga (LEÓN PORTILLA, 2001). Esto puede ser interpretado de múltiples formas. Por lo menos podemos decir junto con León Portilla que estos sabios eran como esa brasa caliente que, con el viento parece palpitar. Son el corazón de una sociedad que les permitía vivir y encontrar su forma de sentir que, en náhuatl, no se distingue del todo de la forma de pensar. Esta función de desarrollar un rostro y un corazón es la función educativa por excelencia que estos sabios podían ejercer con su

propia identidad y con su vulnerabilidad horadada como espejo.

Basta decir que entonces adquirir un rostro era ser educado. Ser educado en el pleno sentido de la palabra: encontrar una identidad ligada a las cuestiones más básicas y fundamentales de lo que todo grupo social siempre se ha preguntado: ¿Quiénes somos? ¿Qué es aquello que sé y cómo puedo lograrlo? ¿Qué es aquello que me rodea? y otras tantas preguntas que, según el propio León-Portilla, son las preguntas básicas que la filosofía articula en cualquier sociedad y no solo la así llamada “occidental”. Los nahuas tenían filosofía en tanto se hacían las mismas preguntas, aunque las respuestas no siempre fueran las mismas (LEÓN PORTILLA, 2001).

La ausencia del *tlamatine* y su presencia

Pero los *tlamatimine* ya no están aquí con nosotros de alguna manera. Fueron los primeros en ser asesinados durante la Conquista. Apenas y tenemos noticias de encuentros con los gobernantes nahuas en 1524 cuando llegaron los primeros doce franciscanos a tierras hoy mexicanas. Este encuentro con los gobernantes nahuas lo tenemos en la narración del *Coloquio de los Doce* que, al pedir hablar con los dirigentes indígenas, éstos respondieron:

Lamentamos una cosa, que los sabios y prudentes señores, tan experimentados en el arte de la palabra quienes tuvieron antes que nosotros la carga del gobierno estén ya muertos; si hubieran podido escuchar de vuestra boca lo que nosotros hemos oído, ellos os habrían dirigido un amable saludo y una respuesta muy adecuada. Pero nosotros ¿qué podemos decir? Somos personas modestas y de poco saber. Es cierto que ahora tenemos la carga del reino y de los asuntos públicos, pero nosotros no tenemos ni su saber ni su sapiencia. (SAHAGÚN apud DUVERGER, 1990, p. 78-79).¹

Esto, excelsamente narrado por Bernardino de Sahagún en 1564 ya escribiendo desde Tlatelolco hace referencia a un México sin los sabios nahuas

¹ Bernardino de Sahagún “Coloquios y doctrina cristiana con que los doce frailes de San Francisco enviados por el papa Adriano Sexto y por el Emperador Carlos Quinto convirtieron a los indios de la Nueva España, en lengua mexicana y española.” Libro I, Capítulo 6, equivalente a las págs. 78-79 de Duverger (1990).

(DUVERGER, 1990). Difícil sería re-construir la pérdida de los *tlamatimine* salvo tal vez honrosas excepciones de algunos de los frailes españoles. De cualquier forma no habría ya el mismo espejo, ni el mismo rostro, ni la misma guía, ni la misma luz (LEÓN PORTILLA, 2007).

Y sin embargo, considero que al hacer este recorrido por una de las formas originarias que existieron en un momento es también decir que siguen estando con nosotros, como un elemento identitario no sólo de lo indígena, sino como elemento que da identidad, junto con otros más, de una forma de vincular y entender el vínculo que se da entre educación e identidad.

Esto, ¿qué nos puede decir sobre la educación y la identidad en México y las distintas regiones de América Latina de principios del siglo XXI? Sin lugar a dudas algo de nosotros mismos como un gran espejo a la distancia de algunos siglos. Vivimos en una época distinta en donde nadie, en estricto sentido, vino a tomar el papel de los *tlamatimine*. ¿Quién nos guía? ¿Hacia dónde podemos y queremos ir?

México, al igual que otros países, ha pasado por varias etapas en donde el modelo de por lo menos un siglo ha sido atribuirle a la escuela el mayor peso educativo. Al vivir en una sociedad en donde los padres no podían darle la mejor educación a los hijos, el Estado, a través del sistema escolar hizo patente lo que todavía es para nosotros ley a través de las diferentes constituciones de nuestros países, de una educación que en el mejor de los casos busca ser laica, gratuita y obligatoria que lleve a la sociedad, basada en el progreso de la ciencia, a formar parte de la sociedad de naciones. Al maestro se le asignó el papel educativo preponderante.

La identidad que habría de construirse en el México del siglo XX era básicamente la identidad nacional. Aunque en cada país latinoamericano esto puede llegar a ser muy particular, considero que todos nuestros países estaban (o están) inmersos en esta idea modernizante. Es así que tenemos hasta el día de hoy, todos los ritos nacionales con un himno y una bandera, libros de texto de Historia, Geografía, hasta hace algunos años Lengua Nacional, entre otros. Los símbolos patrios existen ahí, ondeando o llamados a ser leídos para recordarnos de una identidad nacional colectiva que supuestamente es

parte de la educación cívica de todos los niños que se viven en un territorio nacional.

La identidad personal, entonces, ha quedado relegada a segundo término. Para una relación identitaria considero que hace falta el conocimiento de manera personal, cara a cara, rostro a rostro. Esto es impensable en la dinámica actual tanto por el número de estudiantes en cada grupo y por la carga laboral y el trasfondo de lo que se concibe como el deber magisterial, que en realidad es el deber como seres humanos. Todo esto es pensado desde la asunción de que los profesores sean los que primordialmente tengan esta labor de conformar “identitariamente” a los niños y jóvenes del país. Aunque los grupos fueran pequeños, tiene que haber una base de confianza y de relación mutua para que pueda darse esta doble vía de comunicación.

De cualquier forma vamos consolidando un rostro a lo largo de nuestras vidas. Encontramos rasgos de identidad en los héroes que vamos encontrando o vamos construyendo a lo largo de nuestras vidas. Vamos forjando en la cotidianidad espejos que, en el mejor de los casos, no funcionan como espejismos de la pregunta por el yo. ¿Dónde nos encontramos?

Probablemente la mayoría de estas respuestas apelen a ser fortuitas. Tal vez pensemos que estamos educados al tener un diploma o título dentro del sistema “educativo”, pero entonces habremos desvinculado la idea de educación en una parcialización de agentes, temas, conceptos, etc. educativos. ¿Qué significa educar realmente? Es por esto que retomar e incorporar al diálogo contemporáneo a los grandes personajes de nuestras propias historias es un acto filosófico que nos remite a una recolecta de elementos perdidos pero presentes en cada una de nuestras tradiciones.

Tomemos entonces a un noble grupo de nuestros antepasados como espejo a la distancia para que nos ayude a entender cómo es que la identidad y la educación están vinculadas. Educar es generar esa capacidad de ser uno mismo en plenitud, en donde educar también es educarse. A pesar de las barreras que puedan llegar a existir en los sistemas, prácticas y discursos, cuestionemos nuestra labor como educadores en distintos ámbitos y espacios: como padres de familia, como profesores, como guías, como amigos, como ciudadanos, como

mexicanos que tenemos que compartir, desde nuestra propia identidad una identidad colectiva en diversos sentidos. Hablar de identidades individuales no está confrontado con las identidades familiares, culturales, regionales, nacionales y

hasta mundiales. Traigamos de vuelta al *tlamatini* para que gracias a él la gente humanice su querer, reciba una estricta enseñanza, conforte el corazón, conforte a la gente, ayude, remedie y a todos cure (LEÓN PORTILLA, 2001).

REFERENCIAS

- ARISTÓTELES. **Metafísica**. Trad. de V. García-Yerba. 2. ed. Madrid: Gredos, 1982. (Biblioteca Clásica Gredos).
- DUVERGER, Christian. **La conversión de los indios de la Nueva España con el texto de los Coloquios de los Doce de Bernardino de Sahagún**. Trad. de Victoria G. de Vela. Quito: Abya-Yala, 1990.
- KIRK, G. S.; RAVEN, J. E. **Los filósofos presocráticos. Historia crítica y selección de textos**. Madrid: Gredos, 1981.
- LAPOUJADE, María Noel. La identidad del yo. In: HÜLSZ, E.; ULACIA, M. (Eds.). **Más allá del litoral**. México: UNAM, 1994. p. 405-412.
- LEÓN PORTILLA, Miguel. Los sabios o filósofos. In: **La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes con nuevo apéndice**. 10. ed. Pról. de Ángel María Garibay. México, DF: UNAM, 2001 p. 63-74.
- _____. **Visión de los vencidos: relaciones indígenas de la conquista**. 20. ed. México, DF: UNAM, 2007.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo. Identidad e historia. In: HÜLSZ, E.; ULACIA, M. (Eds.). **Más allá del litoral**. México: UNA, 1994. p. 341-352.
- SCHÜTZ, Alfred. **El problema de la realidad social**. Buenos Aires, Amorrortu, 1974.

Recebido em 03.08.2012

Aprovado em 05.01.2013